

Primera Feria Nacional del Libro

Discurso en el acto inaugural*

JOSE CARRILLO

SEÑORES:

Asistimos a una promisorio actividad más de nuestra Casa de Estudios. Y como exalta al libro como fecunda herramienta de trabajo colectivo y enaltece el análisis de la ciencia y la técnica como reflejo y acicate de desarrollo social, es justo que nos regocijemos.

Entre las finalidades estatutarias que orientan a la Asociación Nacional de Escritores Politécnicos de México, A. C., está la de “dar énfasis al libro científico, cultural y técnico mexicano y orientarlo al examen y estudio de los problemas nacionales”. He aquí un noble desiderátum que debe ser hélice y proa de nuestro quehacer cotidiano en cualquier trinchera: el puesto de mando, la cátedra, el gabinete de investigación, las páginas que redactemos.

Andrés Molina Enríquez en su libro precursor Los Grandes Problemas Nacionales, se afanaba ya en 1909 por llegar a la raíz de ese intrincado haz de angustias, esfuerzos tesoneros, victorias, frustraciones, sangre, sudor y lágrimas que, por rotunda rúbrica abreviada llamamos... problemática nacional. Hoy es magna y montañosa esa problemática. Bibliotecas bien nutridas vastas colecciones editoriales, agudas instituciones de investigación, abundosas fuentes hemerográficas, se consagran cada día en México -con diversa fortuna y sagaz profundidad- al examen de esa problemática. ¿Cómo lo realizan? ¿Con qué luz esclarecen sombras y penumbras? ¿Con qué brújula conducen análisis, interpretaciones, generalizaciones? ¿Dónde están las metas? ¿Qué titánicas luchas proponen para alcanzarlas?

Aquí precisamente, en apretado espacio, urge una reflexión necesaria. La ciencia es, sin dudas, una forma de la conciencia social y un reflejo objetivo de ella que, en perpetua mudanza, se plasma en leyes, teoremas y axiomas que sirven a todos los modos sociales de producción, a todos los hombres, es decir, a la patria universal del hombre y deviene su patrimonio indiviso. Pero no es sólo ese acervo de formulaciones, sino también el espectro de interpretaciones, de generalizaciones filosóficas y teóricas. Y he aquí donde se despliega la enconada, acerba y a veces irreconciliable lucha de opiniones. La ciencia permanece pura, virginal e intangible como vestal de deidad clásica; prosigue apta para todos los fines de la sociedad. En torno a ella proliferan el pesimismo nihilista, la liturgia fervorosa o el escepticismo que pretende verla, junto a la técnica, como azotes deshumanizadores y al hombre como su engendro robotizado. Y no hay tal.

El encono pugnaz es en torno a la filosofía y a la ideología de la ciencia, en torno a la política científica que un Estado se formula en función de metas y de proyectos nacionales. Tal sentido y entraña humana y universal poseen ciencia y técnica, que en determinadas etapas del devenir social se convierten en auténticas fuerzas de producción. Pero parte de la sociedad humana está sajada por grietas colosales de desigualdades dentro de una nación o a escala internacional. Y las filosofías de la ciencia y sus congruentes ideologías tienden a interpretar y responder a concretos intereses de ocultar o allanar las grietas de las desigualdades humanas en lo nacional o en el concierto internacional.

Para los países del rubro socorrido del Tercer Mundo, no hay posibles opciones: todas las engañosas y supercherías del imperialismo y del neocolonialismo se esgrimen para paralizar su avance científico y remachar la dependencia tecnológica y económica. Hasta sus expresiones artísticas -las más sanguíneas expresiones del ser nacional-, se prostituyen y degradan para robarle el alma a los pueblos. Hasta ese effluvio de la sangre que es la lengua nacional se bastardea, envilece y degrada. Pero superviven los ideólogos despistados del “arte por el arte” y los que motejan con ardimiento las expresiones del arte comprometido con patria, historia y

*Discurso pronunciado por el Dr. José Carrillo, Presidente de la Asociación Nacional de Escritores Politécnicos de México, A. C., el 20 de marzo de 1982, en Zacatenco, en el acto inaugural de la Primera Feria Nacional del Libro Científico y Técnico, organizada por la Dirección de Publicaciones del Instituto Politécnico Nacional.

humanidad. No ya las ciencias sociales polémicas por entraña y variantes como el iris y mutables como la historia del hombre, sino las matemáticas, física, química, biología, se suelen vincular a torvas conspiraciones contra la dignidad y supervivencia sobre la Tierra. ¿Qué manos perversas lo perpetran? ¿Qué mentes demoniacas lo urden? Es el aprovechamiento y las concepciones de la ciencia al servicio de ciertas políticas de la ciencia.

Vengamos a lo cercano e incitante. El artículo 3º de la Ley Orgánica de nuestro IPN, en armoniosa congruencia con el artículo 3º de nuestra Constitución Política, impregna las tareas de esta benemérita institución en los aspectos de ciencia y técnica, educación y cultura, investigación científica y tecnológica, labor editorial y difusión, insistiendo constantemente en objetivos democráticos, en la búsqueda de vías hacia un régimen de libertad, igualdad y distribución justa de los bienes materiales, en la solidaridad internacional, el desarrollo económico, social y político del país; eslabona, además, la investigación científica y tecnológica a la ardua faena de la independencia nacional como meta y a la planeación de la política nacional de ciencia y tecnología como actividades humanas dirigidas.

¿Quién duda que todo esto significa contenido ideológico y acendrado “compromiso” político? O la ciencia y la tecnología sirven para estos objetivos patrióticos, o la ciencia y la tecnología no son más que embelecos de brujas sin racionalidad en México. Y eso es imposible.

Para marchar certeros hacia esos rumbos, debemos enfrascarnos sin tregua en fecundos debates. No educamos para el advenimiento de una factoría con tecnologías dizque “transferidas”, ni para forjar las cadenas de un país de maquiladores de empresas transnacionales. La ciencia y la técnica, la educación y el arte, la cultura, la literatura y el libro, para ser leales a México, tienen que estar jugosamente impregnados de savia política, de tuétano ideológico. Y ni siquiera es válido el neutralismo, que hartas veces es impotencia y casi siempre es ambivalencia hermafrodita.

Ante el deber de meter el hombro y empujar a México hacia el futuro mejor, no hay porqué creer en los pintarrajeos cromáticos de la pintura abstracta ni en los poetisos lacrimosos con angustias metafísicas ni en los ontólogos pesimistas del alma nacional. No es hora de contar, como teólogos medievales, cuántos arcángeles y serafines caben en la punta de una aguja, sino cuántos millones de hombres se van a nutrir con óptimas cosechas de nuevos granos dorados. Pero también a cuántos dementes es necesario encerrar con camisa de fuerza para que no sepulten la humanidad en hecatombes de ruina y desolación universales.

El libro mexicano -sin detrimento del tratado magistral de valor ecuménico y vigencia intemporal- para escribir el cual hay y habrá mentes próceres en México, creo que debe anclarse en esta etapa dramática de nuestra historia, en nuestra problemática nacional. Los injertos y los trasplantes tienen que ser en base del barro nacional. Ya ello sólo comportará “compromiso” e ideología.

La Dirección de Publicaciones de nuestro Instituto Politécnico Nacional, laborando con meritoria eficiencia, al organizar concienzudamente este suceso nacional, también convoca a un foro donde éstas y otras reflexiones tendrán voces y oídos. La Asociación Nacional de Escritores Politécnicos de México, A. C., se congratula de participar en este nuevo esfuerzo por México y con el fervor con el que invita a venir a sus filas a cuantos en la página del libro, del folleto, del texto, del tratado didáctico, del proyecto de investigación y de toda limpia preocupación colectiva sembrada en letras, también desea participar y pide su sitio en la misma trinchera -es su razón de existencia- en esta noble cruzada por el libro científico y técnico con savia y tuétano de México.